



FILIPINAS

Miguel López de Legazpi

Acaba Felipe II de suceder al poderoso Emperador, recluso en Yuste; y estimulado por el afán de reducir á su dominio las ricas islas de Oceanía, cuyas ventajas le ponderara el antiguo capitán en la expedición de Loaisa y á la sazón fraile de San Agustín, Fr. Andrés de Urdaneta, ordenó al virrey de Méjico D. Luis de Velasco, activase los preparativos para una expedición que realizara en definitiva sus halagüeños proyectos.

Confióse la ejecución de aquel mandato al insigne Miguel López de Legazpi, escribano mayor y alcalde ordinario de Méjico, hijo de ilustre familia de Guipúzcoa. Este hombre docto, experimentado y generoso, vendió sus propiedades, destinando el producto de ellas á sufragar los gastos de la empresa. Confiriósele título de adelantado, y el carácter y autoridad de gobernador de todas las tierras de que se apo-

derase, con amplias facultades, recomendándole, al propio tiempo, no hiciera uso de las armas sino en el caso de extrema necesidad, lo cual cuadraba perfectamente con su prudencia y discreción.

Armados cinco buques de diferentes portes, suficientemente provistos de víveres y municiones, á cuyo bordo iban 400 hombres, entre marinería y tropa, hicieron a la vela, del puerto de Natividad, el día 21 de Noviembre de 1564. Formaba parte de la expedición el ilustre Fr. Andrés de Urdaneta, y en su compañía iban los doctos religiosos agustinos Fr. Martín de Rada, Fr. Diego de Herrera, Fr. Pedro Gamboa y Fr. Andrés de Aguirre.

El 9 de Enero del año siguiente llegan á una isla á que llaman de los *Barbados*, porque sus habitantes lucían un poco de barba. Se dirigieron después hacia las islas de los Reyes, ó de Yap, y de aquí á las Marianas el 22. En ellas hacen aguada y adquieren víveres, dando en pago clavos y hierro. Prosiguen su marcha el 3 de Febrero, y el 13 avistan una de las islas de Filipinas, poniendo el nombre de Buen Señal, que aún conserva, á la primeramente descubierta.

Recorrieron muchas islas por entre escollos terribles, visitándoles en casi todas sus naturales.

Legazpi los recibía afablemente, aunque con precauciones.

En Tandaya y Abuyog causó admiración y temor á los indios el porte de las naves españolas. Una vez á bordo, les convidó Legazpi á comer y aceptaron con gran contento, llenándoles de alborozo los vidrios y baratijas con que les obsequiaron.

Camutuhan, hijo de Malitic, cacique de Leyte, sirvióles de guía hasta Limasagua: puso después el rumbo á la isla de Camiguing, donde ancló el 11 de Marzo. De aquí fué á Bohol, recibéndole amistosamente Sicatuna, régulo de esta isla.

En ella permaneció desde el 15 de Marzo hasta el 22 de Abril, habiendo sellado previamente el pacto de su amistad, el caudillo español y el régulo indio, hiriéndose un brazo y bebiendo cada cual la sangre del otro, conforme á la costumbre del país.

Por último, vencidas cuantas dificultades ofreció tan larga y pesada navegación, llegaron á la rada de Cebú el 27 de Abril de 1565.

Legazpi hizo saber en el acto su llegada al reyezuelo de Cebú, y el deseo de entablar con él relaciones de amistad. Tupas, que así se llamaba, ofreció visitarle; pero lejos de eso acudió á la playa una muchedumbre de indios armados, quienes, lanzando gritos y amenazas, embarcaron en sus canoas con propósito de asaltar las naves.

Legazpi, entonces, dió orden de disparar los arcabuces y cañones, y al estruendo formidable que se produjo los indios huyeron aterrados, refugiándose en los montes con cuanto les fué posible llevar consigo é incendiando el pueblo. Los capitanes Juan de la Isla y Martín de Goiti desembarcaron para reconocer la localidad.

El hallazgo por el bizcaino Juan de Camús de una imagen del Niño Jesús, que debió quedar abandonada por los compañeros de Magallanes, fué celebrado con gran pompa, levantando una capilla donde depositarla.¹

Legazpi fijó su residencia en Cebú, procurando por toda clase de medios inspirar confianza á los indios y atraérselos al pueblo. Ellos en un principio mostrábanse desconfiados y recelosos, pero convencidos de las pacíficas miras de los españoles, acabaron por estrechar relaciones de amistad, costando no poco trabajo entenderse mutuamente por la diversidad de idiomas.

Los misioneros agustinos no se daban punto de reposo en catequizar á los indios. El rey Tupas fué bautizado, igualmente que una hija suya, por el primer provincial de agustinos, en Filipinas, Fr. Diego de Herrera.

La ceremonia se efectuó con gran lujo, originando esto el que otras muchas familias principales solicitaran igual sacramento.

La mala fe de los insulares y su codicia quedó demostrada por negarse á facilitar víveres á los españoles cuando dejaron de recibir sus regalos, viéndose precisados á comer raíces y frutas silvestres.

El P. Urdaneta regresó á España á dar cuenta al Rey del resultado de la expedición y á demandar socorros. Salió de Cebú el 1.º de Junio de 1565, y llegó á Natividad el 3 de Octubre, pasando después á la corte, donde cumplió su cometido á satisfacción.

Este insigne religioso murió en Méjico el 3 de Junio de 1568, á los setenta años.

Legazpi prosiguiendo su conquista, se dirigió al N., y descubrió la grande isla de Panay, que se compone de las provincias de Iloilo An-

(1) Este culto admiró más tarde á los indios, viendo las ceremonias de los sacerdotes y el respeto que los españoles le tributaban; y convertida después la dicha imagen en patrona de Cebú, se erigió una iglesia, en donde fué colocada, y su fiesta es objeto de gran afluencia de gentes que acuden todos los años á venerar en Cebú la querida imagen.

tique y Cápiz. Halló abundantes víveres, pactando amistad con sus naturales, quienes le acogieron bien. En ella quedaron Fr. Juan de Alba y algunos religiosos más, cuyos excelentes servicios en los primeros tiempos de la conquista son dignos de todo encomio.

Navegando por entre multitud de islas y sitios peligrosos, logró al cabo avistar la grande isla de Luzón. Confiado al maestre de campo Martín de Goiti¹ y al capitán Juan de Salcedo, sobrino de Legazpi, el encargo de reconocer esta isla, penetraron en el río Pasig con 120 españoles y algunos auxiliares indios.

La vista de aquel ancho río navegable, desembocando en una grandiosa bahía susceptible de fácil y segura defensa, con sólo establecer fuertes en las estrechas *bocanas* ó abras, por las que necesariamente tienen que pasar los buques que á ella entren, le sugirió la idea de fundar una ciudad en sus inmediaciones.

Todo el territorio que hoy comprende Manila y sus principales arrabales obedecía á dos *rajahs*, llamados Solimán y Lacandola, quienes recibieron á Salcedo amigablemente.

Pronto experimentó la perfidia de los indios. Solimán, rajha de Manila, asaltó de improviso la embarcación de Salcedo al frente de innumerables indios, pero fué rechazado y puesto en fuga.

Inmediatamente tomó por asalto el maestre de campo, con 80 hombres, un fuerte que se alzaba á las orillas del río, construido sin duda alguna por europeos, muriendo en la lucha un artillero portugués que dirigía la defensa.

Espantados los indios, escaparon velozmente, incendiando las fortificaciones. En el recinto del fuerte había 12 cañones y algunos pedreros portugueses. Durante la refriega el rajah Lacandola tuvo enarbolada en su casa una bandera blanca, en señal de que era ajeno á la intentona de su sobrino.

El mal tiempo aconsejó á Salcedo diferir para mejor época la continuación de sus exploraciones. Desde Cavite, donde se detuvo unos días, marchó á Panay á proveerse de víveres. Este activo capitán visitó la isla, ocupándose á la vez de organizar su pequeño ejército.

El 21 de Junio de 1569, tres embarcaciones procedentes de Cádiz, mandadas por el capitán Juan de la Isla, fueron portadoras de despa-

(1) Según el P. Torrubia, un moro llamado Mahomat fué el práctico que tuvo Goiti hasta Manila.

chos del Rey, ordenando al gobernador general tomase posesión de las islas en nombre de la corona de España, y que recompensara á los más merecedores de ello.

Legazpi marchó en el acto á Cebú; publicó por pregones que iba á fundar una ciudad, y previno que acudieran á inscribirse en casa del notario los que desearan habitarla. Hiciéronlo 50 personas, les fueron distribuídas tierras, y se puso por nombre á la nueva población *Ciudad del santo nombre de Dios*. Instituyóse un ayuntamiento, y nombró gobernador á Guido de Labezares, encargando la construcción de una fortaleza.

Hecho esto, volvió Legazpi á Cápiz, disponiendo con su acostumbrada actividad todo lo necesarió para la conquista de Luzón. La escuadra con tal objeto aparejada salió de dicho punto el 15 de Abril de 1570: en Masbate dejó al religioso Fr. Alonso Jiménez y seis soldados, quienes ocuparon pacíficamente la isla; y en Leyte, revisó el ilustre gobernador su pequeño ejército, cuya total fuerza ascendía á 280 hombres.

Después fué á la isla de Mindoro, é impuso á sus naturales un tributo que tituló real, extensivo luego á todo el país.

A la salida de esta isla, hallaron un grande *champan* chino, en inminente riesgo de naufragar. La embarcación fué auxiliada, y los reconocidos tripulantes extendieron por su país la fama de la magnanimidad de los españoles, facilitando el desarrollo de transacciones comerciales entre China Y Filipinas, de antemano iniciadas por aquellos.

Una vez en Cavite, sus naturales se ofrecieron á Legazpi como súbditos del rey de España.

Marchó el caudillo á Manila y, contra sus sospechas, fué recibido en son de paz, sin que nadie le opusiera resistencia. Comprendiendo que los medios pacíficos eran preferibles al derramamiento de sangre, hizo pregonar públicamente que había ido á establecer con el pueblo tagalo amistosa alianza y que serían bien recibidos cuantos acudieran á visitarle. El rajah Lacandola acudió solícito, siendo agasajado por Legazpi con arreglo á su clase. Reiteró sus promesas al cacique indio; le expuso las ventajas de que se declararan vasallos del rey de España, cuya protección y amparo solemnemente ofreció, y le exhortó á que aceptasen la verdadera religión, cuyos dogmas llevaban la misión de enseñarles los religiosos.

Preguntó por su sobrino Solimán, y noticioso éste de las buenas

disposiciones de Legazpi hácia él, fué también á presentarle sus respetos, reconociendo ambos régulos por su soberano al rey de España.

Legazpi fundó la ciudad á que puso el nombre de Manila; mandó reconstruir el fuerte incendiado, é hizo levantar un palacio para él, un convento para los religiosos de San Agustín, una iglesia y varias casas para los vecinos, todo de madera, declarando que aquella sería en adelante la capital del Archipiélago.

El 19 de Mayo de 1571 tomó posesión solemne de la ciudad, designándose como patrona á Santa Potenciana. El ayuntamiento juró cumplir fielmente su cargo, y hubo besamanos en palacio.

Destruida por un incendio esta población primitiva, se levantaron mejores casas, señalando Legazpi el magnífico trazado de calles que hoy conserva.

El porfiado rajah Solimán, que únicamente se había sometido á, los españoles por exigirlo así las circunstancias, conspiraba sin descanso. Logró recabar la aquiescencia de su tío el rajah Tondo, después de la llegada á *Bancuré* de los naturales de *Macabebe* y *Hagonoy*, pueblos de la inmediata provincia de Bulacan, cuyos aguerridos indios, al frente de una armadilla compuesta de cuarenta *caracoas*, fueron á reprocharles su fácil sumisión á los *castilas* y á proponerles se unieran á ellos para expulsarlos.

Legazpi supo lo que ocurría; pero antes de apelar á la fuerza, mandó un emisario en averiguación de si le eran ó no fieles. El jefe indio contestó arrogantemente, citándolo para la barra de *Bancuré*, y entonces salieron á reducirlos su maestro de campo y Martín de Goiti con 50 hombres. Los indios resultaron derrotados en un solo combate, quedando su jefe muerto de un balazo y prisionero un hijo de Lacandola. Después de amonestados por su traición y de manifestarles que merecían la muerte, el gobernador general les concedió amplia amnistía. Convencidos de la superioridad de los españoles; admirados ante su benevolencia y seducidos por el ascendiente de los valerosos jefes de la expedición, desistieron por completo de todo proyecto rebelde, sometiéndose incondicionalmente al dominio de España. Este acuerdo fué imitado por la mayoría de las provincias del Archipiélago, realizándose la ocupación del país sin violencia ni derramamiento de sangre, mediante el convencimiento de las ventajas que el protectorado español les ofrecía, y ganados á la par por la dulzura evangélica é igualdad cristiana con que les halagaban los heróicos misioneros que

sembraron entre aquellos sencillos insulares la fructífera semilla de la religión del Crucificado. Legazpi, revelándose tan buen político como guerrero, envió embajadores á China con objeto de que recomendasen á los naturales de los puertos más próximos á Manila el establecimiento de relaciones comerciales; y mientras Goiti sometía pacíficamente las provincias de Pampanga y Pangasinan, el invicto cuanto ilustre Juan de Salcedo realizaba la conquista del resto de Luzón con éxito admirable, primero recorriendo las provincias de la Laguna y Camarines, y á seguida las del Norte de la isla, cuyo extenso territorio visitó al frente de 45 soldados, municionados y racionados á su costa, llevando además las embarcaciones necesarias para poder penetrar por los ríos y esteros, consiguiendo por todas partes, merced á su exquisito tacto y superiores condiciones, establecer las bases de una dominación sólida y efectiva, haciendo que los indios se reconocieran de buen grado súbditos de la corona de España.

Con decir que estuvo en Zambales y Pangasinan, en la hoy provincia de la Unión y en todo el dilatado territorio de Ilocos, y que visitó las costas de Cagayán, basta para comprender que la expedición del digno sobrino de Legazpi puede contarse entre las afamadas que en aquella época de felices descubrimientos y gloriosas conquistas realizaron por América y Oceanía nuestros más célebres marinos y famosos capitanes.

A fines de Setiembre hallábase de regreso en Manila, teniendo el inmenso pesar de saber que en Agosto anterior había muerto su deudo y protector Legazpi.

El insigne adelantado y conquistador de Filipinas, Miguel López de Legazpi, con un tacto exquisito, supo organizarlo todo; creó la administración y dictó sabias leyes, no desatendiendo ni por un instante la reducción de las islas. Débese á su heroicidad, á sus virtudes cívicas, á su genio superior, á su gran patriotismo y á su noble desinterés, la pronta, pacífica y cabal incorporación á España de las Islas Filipinas.

Un pueblo de la provincia de Albay y una calle de Manila llevan su nombre, Murió el 20 de Agosto de 1572, con universal y sincero sentimiento de peninsulares é indígenas. Sus restos yacen en la iglesia de San Agustín.